

será la última que consagre á este asunto, procuraré investigar el porqué de ese fenómeno que espanta á la imaginación y abruma el entendimiento. Téngase, sin embargo, entendido desde ahora que mi ánimo, al entrar en tan peligroso terreno, no es otro sino el de presentar sobre este temeroso enigma algunas humildes y modestas conjeturas, que retracto con anticipación y desde luego si no estuviesen conformes de todo punto con lo que nos manda creer nuestra santa Religión á los ojos de los hombres más entendidos en sus dogmas. No seré yo el que me rebele contra la única autoridad que respeto y acato en este mundo desde que filosofando, como quien divierte sus ocios y entretiene sus pesares, he aprendido á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías ¹.

PARÍS, 10 de Septiembre.

El día en que el hombre, rebelándose contra su Criador comió la fruta vedada, nació el *pecado*, que es el *mal*, obra exclusiva del hombre.

Dios pudo borrar el *mal* por medio de la *condenación*, y ése era el objeto de su *justicia*. Pero quiso borrarle por medio de la *enmienda*; éste fué el consejo de su *misericordia*.

La *enmienda* es la *expiación* ²; la expiación debe recaer sobre el pecador; el pecador era á un mismo tiempo un hombre y el padre común de los hombres; la expiación debía recaer sobre el individuo y sobre la especie, sobre el hombre y sobre el género humano.

¹ Donoso no conocía entonces la verdadera filosofía; y pues no la conocía, no podía amarla y estimarla. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Son cosas diferentes la expiación y la enmienda. La expiación es el sufrimiento, en que consiste esencialmente la pena, que restaura el orden violado por la culpa; la enmienda es la conversión del pecador al bien.

El individuo debía expiar su pecado sujetándose á los males físicos, es decir, á las *dolencias*; á los males morales, es decir, á sus *pasiones* ¹; á la destrucción, en fin, es decir, á la *muerte*.

Las dolencias, las pasiones y la muerte son á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios; del hombre, porque no existiría sin el pecado, que es su obra; de Dios, porque no existirían tampoco si no hubieran prevalecido los consejos de su misericordia sobre los consejos de su justicia.

Siendo á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios, son á un tiempo mismo un *bien* y un *mal*. Son un mal, porque abren la puerta á todos los *dolores*; son un bien, porque abren la puerta á todas las *esperanzas*. Son un mal, porque son una *pena*, y un bien, porque son una *expiación*; son un mal, en fin, porque *atormentan*; son un bien, porque *rehabilitan*.

El cristianismo es maravilloso en todas sus cosas; pero en nada es más maravilloso que en sus explicaciones. Con una sola palabra ilumina al entendimiento para que vea claro en los designios de la Providencia, en la trabazón y concierto de las cosas y en los misterios del hombre.

Su explicación es siempre tan trascendental que confunde á los filósofos, y tan sencilla, que los niños la comprenden; tan abstracta y tan levantada sobre las cosas de la tierra desde un punto de vista, que parece ideada por Dios para ejercitar el entendimiento de los espíritus puros; tan llana y hasta tan vulgar desde otro punto de vista, que parece ideada por el común de las gentes.

De esta manera iguala Dios á todos los hombres cuando los pone delante de sí, haciendo tan sabia á la inocencia como al orgullo, á la ignorancia como á la sabiduría.

Compárense las explicaciones del cristianismo con las de los filósofos; y para no ir más lejos, compárense sus explica-

¹ Las pasiones no son males morales, antes son en sí mismas buenas. Donoso se refería, sin duda, á la inclinación al mal que dejó en los hombres el pecado de Adán. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ciones sobre el asunto que nos ocupa, y no acabaremos nunca de maravillarnos al ver la distancia que hay entre unas y otras, aun consideradas bajo su aspecto filosófico solamente.

Los estoicos, no pudiendo explicar el mal físico, le niegan: Los epicúreos, no pudiendo aceptarle, le condenan como un mal sin mezcla alguna de bien; es decir, que los últimos toman como una razón los consejos del egoísmo, y los primeros los consejos del orgullo; y el egoísmo y el orgullo se llamaron filosofía antes de que la verdadera filosofía hubiese venido al mundo con la religión verdadera.

Lo que distingue soberanamente al cristianismo es aquella vasta comprensión de la naturaleza compleja de las cosas y de los varios elementos que las constituyen, con la cual únicamente puede darse sobre ellas una explicación completa y satisfactoria, al revés de las vanas opiniones de los filósofos, con las cuales nada se explica satisfactoriamente, comoquiera que los filósofos nunca alcanzan á ver en los fenómenos físicos ó morales sino alguno ó algunos de los elementos que los constituyen; de donde viene á resultar que las opiniones filosóficas tienen tanto de error como de verdad, no siendo por lo común sino verdades imcompletas ¹.

Si el ejemplo que acabo de traer no fuera prueba bastante de cuanto afirmo en estos renglones, citaría otro más señalado en la opinión de los antiguos filósofos sobre la naturaleza del hombre. Todas sus teorías sobre este punto pueden reducirse á dos: la de aquellos que consideraban al hombre como una criatura tan vil que no era digno de la vigilante providencia del Criador, y la de aquellos que le estimaban en tanto y le tenían por tan excelente que hacían de él á manera de un Dios que se adora á sí mismo en su propio santuario; vino el cristianismo, y reuniendo estos fragmentos de verdades, si me es permitido hablar así, para componer la verdad dijo al hombre, que era la primera de las criaturas por la alteza de su origen,

¹ Aún no había roto Donoso las mallas del eclecticismo en que estaba preso su maravilloso ingenio. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y la última por la bajeza de su pecado; díjole que era á manera de un ángel; pero para que no tuviera orgullo, añadió que era un ángel caído; díjole que como un vil criminal había sido desheredado del cielo; y para que no se abismara en su propia humillación, le añadió que para remontarse á él le dejaba las alas de la esperanza.

Véase allí el hombre de la filosofía; véase aquí el hombre del cristianismo. ¡Cosa singular! Las soluciones que da el cristianismo á todos los problemas, son á un mismo tiempo las más *acceptables* en la teoría y las más *convenientes* en la práctica. El hombre de la filosofía es un hombre mutilado; el del cristianismo, completo.

Pero dejando á un lado estas consideraciones que me llevarían muy lejos de mi propósito, vuelvo á anudar el hilo cortado de mi discurso. Hemos visto la expiación reservada al individuo; veamos ahora la reservada al género humano.

La ley de la expiación, así para el individuo como para la especie, está encerrada en esta fórmula sencilla á un mismo tiempo y sublime: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente.*

Esta fórmula aplicada al individuo, quiere decir: *reconquistarás la mansión perdida sujetándote á las prisiones ¹, á las dolencias y á la muerte.*

Aplicada al género humano, quiere decir: *te civilizarás, es decir, te perfeccionarás por medio de la guerra.*

Con efecto; desde que el individuo y la especie se inficionaron con la culpa del padre común de todos los hombres, la expiación es la ley del universo; es la condición esencial de la perfección humana.

En la humanidad hay dos maneras de perfección análogas y diferentes: la perfección del *individuo* y la perfección de las *sociedades*. Luego hay dos especies de expiaciones, porque, si no hubiera dos, habría una perfección que no sería el resul-

¹ En lugar de *prisiones* puede leerse, según antes hemos anotado, *pasiones*; y en vez de la sujeción á las mismas, entiéndase solamente la flaqueza de la voluntad humana, que debe combatirías — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tado de la expiación; habría una perfección que estaría fuera del alcance del primitivo anatema, *quod absurdum*.

Si hay una expiación para las sociedades como para el hombre, esa expiación está simbolizada por la guerra necesariamente, y lo está porque la guerra tomada en su sentido más general y más lato, en su sentido más filosófico, es para la sociedad lo que para los individuos las dolencias y las pasiones¹.

Hay guerra cuando las naciones vienen á las manos y cuando se estragan interiormente con parcialidades y discordias; pero no hay guerra entonces solamente, sino que la hay también siempre que la sociedad entra en *lucha* con un obstáculo que se opone á su perfección, siempre que necesita *vencer* para cumplir su destino.

Siendo esto así, la sociedad está en un estado permanente de guerra, porque no hay un solo punto en el espacio ni un solo instante en el tiempo en que la sociedad no combata contra los obstáculos que siempre tiene delante. Su perfección no es incesante sino porque su expiación es continua. Suprimid el obstáculo, la resistencia, la lucha, la guerra en fin; habréis suprimido la expiación, y con ella todas las civilizaciones; la vida se retirará del universo, el universo será el sepulcro del hombre y del género humano.

Síguese de aquí que los que piden la civilización sin la guerra, piden el efecto sin su causa, piden un absurdo; no saben lo que piden.

Pero se responderá: puesto que la guerra no consiste solamente en una lucha de nación á nación, los que se oponen á esa especie de lucha no se oponen á las demás, y, por consiguiente, no puede decirse de ellos que se oponen á la *guerra*, sino á una *especie* de guerra; no puede decirse de ellos que aspiran impiamente á emanciparse de la ley de la expiación elevada por Dios mismo á ley del universo. Puesto que la guerra

¹ Excusado es advertir que el ingenio y sutileza de Donoso procedía, en estas materias, sin guía ninguno por regiones del todo imaginarias.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

es necesaria, no se rebelarán contra ella; pero quisieran que la guerra (es decir, la lucha, el combate, porque esto significa en su sentido más lato) estuviera sujeta también á las transformaciones que sufren todas las cosas; quisieran que se civilizara cuando el mundo se civiliza, que se perfeccionara cuando el mundo se perfecciona; quisieran, en una palabra, que al encuentro de los ejércitos en los campos sucediera el encuentro de los partidos, ó por mejor decir, las ideas en la prensa y en la tribuna; que el combate de los espíritus sucediese al combate de los brazos; ya que no pueden ahorrar la *lucha*, quisieran ahorrar la *sangre*. Puesto que la lucha es lo que constituye la guerra, y la guerra lo que constituye la expiación, con una lucha sin sangre la ley de la expiación sería cumplida.

No; no sería cumplida entonces la ley de la expiación, sino otra más inexorable, más dura; se cumpliría la ley de la condenación, ley que Dios quiso ahorrar al mundo cuando prevalecieron sobre los consejos de su justicia los consejos de su misericordia. ¡Incomprensible ceguera! Los hombres en su profunda ignorancia rechazan la ley de la misericordia, y llaman sobre sí la ley de la justicia; rechazan como pesada *la ley de la tierra*, y piden como dulce y suave *la ley del infierno*. ¡Desventurados los hombres si Dios, oyendo sus plegarias, les concediera lo que piden!

Dos rebeldías hubo después de la creación: la de los ángeles, y la del hombre; á estas dos rebeldías se siguieron dos sentencias: Dios condenó al hombre rebelde á la expiación, y á los ángeles rebeldes á la muerte del espíritu.

Dios apartó de sí á los ángeles caídos por toda una eternidad, y al hombre rebelde por un espacio de tiempo; entregó á los ángeles á la desesperación, y dejó al hombre el consuelo de la esperanza. El hombre habitó la tierra, los ángeles el infierno.

Y, sin embargo, esos dos mundos estuvieron sujetos á una misma ley, á la ley de la guerra; pero entre la guerra del infierno y la guerra del mundo que habitamos, hay la diferencia

siguiente: La guerra en este mundo se reduce, por lo común, *al combate de los brazos*; en el infierno es siempre *un combate de los espíritus*. La guerra en este mundo es, por lo común, *sangrienta*; en la del infierno no hay *sangre*.

Si esto es así, síguese de ello como consecuencia forzosa que los que quieren transformar la guerra de los *brazos* en guerra de los *espíritus*, la ley de la *sangre* en una ley *incruenta*, quieren trocar por la ley que *condena* la ley que *redime*; la ley de la *expiación* por la ley de la *muerte*; la ley de la *misericordia* por la ley de la *justicia*; la ley de la *tierra* por la ley del *infierno*.

Los pueblos antiguos, ya porque estaban más cerca que nosotros del origen del mundo, y por consiguiente de la ciencia revelada ¹, ya por otra causa que no es dado al hombre descubrir, tuvieron una percepción más clara que el tropel de nuestros filósofos de la *virtud expiatoria*, y, por consiguiente, *benéfica* de la sangre. Esa percepción sirve para explicar los sacrificios usados entre todas las gentes y naciones.

Mis argumentos, dictados por la razón, están maravillosamente confirmados por la Historia. Cuando un pueblo manifiesta ese *horror civilizador* por la sangre, luego al punto recibe el castigo de su culpa; Dios muda su sexo, le despoja del signo público de la virilidad, le convierte en pueblo *hembra* y le envía conquistadores para que le quiten la honra. Ejemplo vivo de esta verdad es la China, ese pueblo envilecido á quien pone pavor la idea del movimiento y de la sangre; hoy es lo que ha sido siempre: fábula y escarnio de las naciones. Otro ejemplo no menos insigne nos ofrecen los pueblos asiáticos, dados al santo horror de la guerra y á la pasión de los certámenes sutiles del ingenio, es decir, á la *guerra de los espíritus*; en aquellas vastas regiones los hombres vegetan, la civilización perece, el sol de la humanidad se apaga, la vida se extingue. Cuando Mahometo II entró en Constantinopla, había guerra en la ciudad, pero era guerra de los *espíritus*: los espíritus del

¹ El autor se refiere á la revelación primitiva.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Bajo Imperio contendían sobre si la luz del Tábor era creada ó increada. Cuando Sócrates, bebiendo la cicuta, dejó á Atenas entregada á las disputas interminables de sus bellos ingenios, es decir, de sus sofistas, el reloj de los tiempos sonaba la última hora de la ciudad de Minerva.

Por fortuna, la ley de la guerra y de la sangre no desaparecerá del mundo porque es obra de Dios, y sólo desaparecen las obras de los hombres; pero si pudiera desaparecer, si Dios pudiera poner un oído favorable á nuestras insensatas plegarias, entonces los hombres y los espíritus infernales serían todos unos, la Tierra desaparecería, y no habría más que cielo é infierno, y entre los dos los abismos.

PARÍS, 20 Septiembre.

Mr. Guizot, de quien me propongo hablar á Uds. ahora, es uno de aquellos hombres eminentes nacidos con el encargo de dar impulso á las sociedades humanas ¹. Como historiador, ha dado un nuevo impulso á la Historia; como filósofo, ha contribuido á señalar nuevos rumbos á la Filosofía; como literato, ha dejado una honda huella en los campos de la Literatura; como publicista, ha hecho prevalecer una nueva escuela en la Francia y en la Europa; como orador, ha contribuido poderosamente á dar solemnidad y grandeza á las discusiones del Parlamento; como catedrático, ha derramado con larga mano las semillas del saber por el suelo fecundo de su patria; como Ministro, en fin, es el hombre más notable de la revolución de Julio, si se exceptúa á Casimiro Périer y á Mr. Thiers, famo-

¹ Recuérdense acerca de Guizot los varios y magníficos lugares que consagró Balmes en su *Protestantismo*, etc., á refutar sus errores, y lo que el mismo Donoso dejó escrito de él en su inmortal *Ensayo*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)